Familia, trabajo, sociedad

QUE PIENSAN Y DEMANDAN LOS JOVENES PORTEÑOS



Horacio Paone





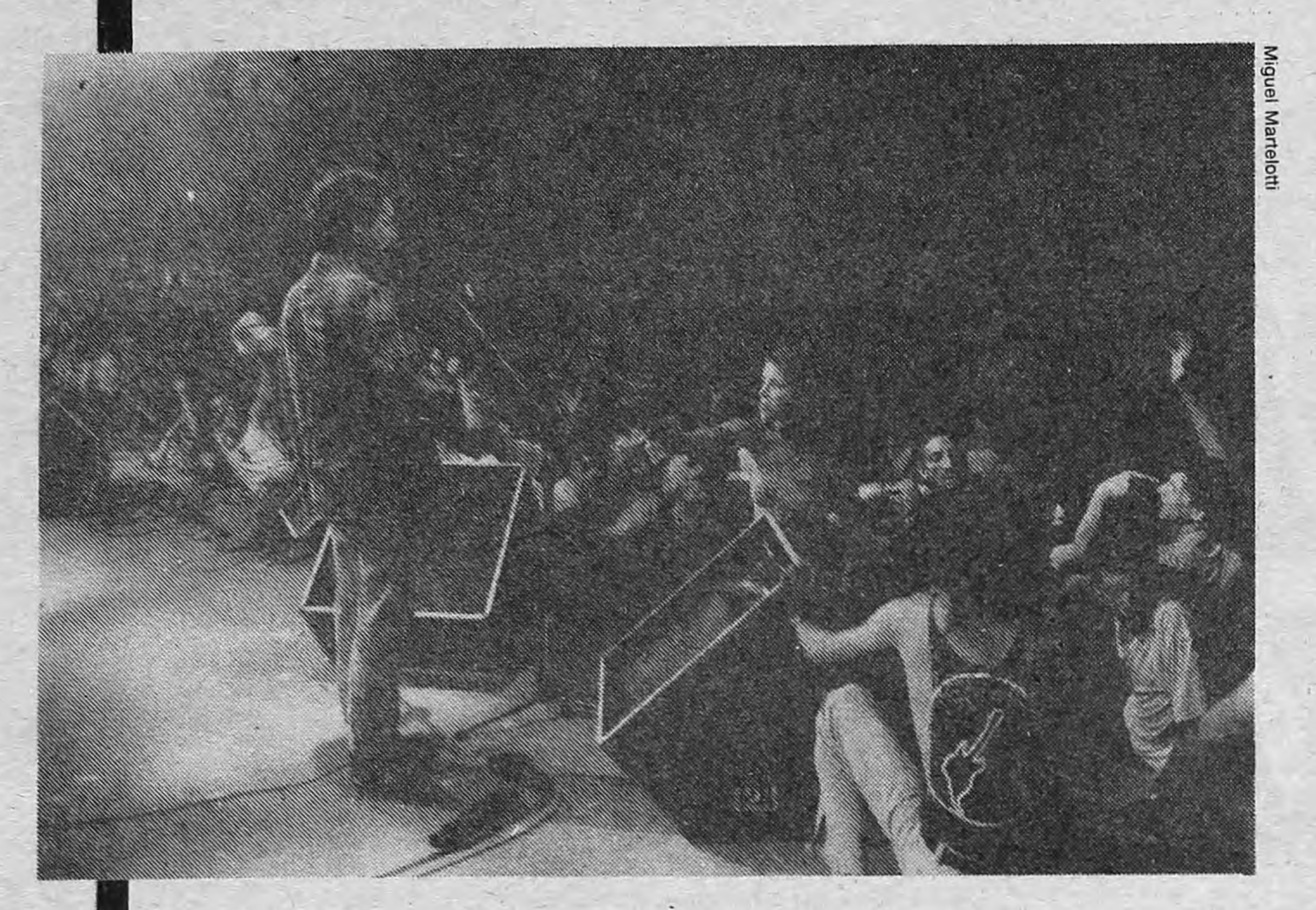


Alejandro Elías

En noviembre y diciembre de 1987 se llevó a cabo una encuesta a la que respondieron 3636 jóvenes (1927 varones, 1709 mujeres) de la Capital Federal y que promovió la flamante Subsecretaría de la Juventud de la Municipalidad de Buenos Aires. Su dinámico titular, Juan José Pi, deseaba conocer a fondo los problemas y actividades de la juventud porteña y qué espera ésta del organismo que la encabeza. Las preguntas se enviaron a domicilio, con respuesta postal paga y garantía de absoluto anonimato. Las contestaciones procedieron, sobre todo, de los de 19 a 24 años (2084, contra 1141 de 25 a 30 y 411 de 13 a 18) y vinieron acompañadas de cartas con explicaciones complementarias y observaciones varias sobre la iniciativa, desde cálidas felicitaciones hasta críticas por "gastar plata en pavadas". No fue recibida con indiferencia. En los textos que siguen, el periodista y escritor José María Pasquini Durán sintetiza los resultados de la encuesta y reflexiona en torno del panorama que descubren.

CULTURAS

Suplemento de Página/12



Miguel Mantelotti

LAS ESTA
DE U
CULT

¿Sus nociones sobre la familia, el Estado, el trabajo, la política, la libertad, los deseos, la vida cotidiana, en definitiva su cultura, forman parte de la herencia del Proceso? ¿Son el testimonio cruel de las impotencias para el cambio de cinco años de transición democrática? ¿Acaso el intento de definirlos resulta distorsionado porque, al fin y al cabo, como siempre son el reflejo exaltado del tiempo que les toca vivir? Sometida a estos interrogantes, la encuesta sobre la cultura de los jóvenes porteños provoca, de inmediato, una avalancha de nuevas preguntas. Hay datos que impresionan, otros que sobresaltan, vienen cargados de imprecisiones, esbozos, insinuaciones, dan ganas de seguir averiguando. Porque, en última instancia, la trayectoria por estas cifras estadísticas no es otra cosa que un viaje hacia la identidad de toda la franja social a la que pertenecen.

Lo más injusto que puede decirse de ellos es que son excepcionales, simplemente porque tienen menos años de vida que sus jueces. Convertirlos en diferentes implica diferir sus derechos para el futuro, cuando alcancen la normalidad de un standard predeterminado aunque sea a costa del cinismo o la resignación, y también implica cargarlos por ahora con la responsabilidad de seguir el itinerario que otros les planifican. La autoridad de la experiencia que en el micromundo de los sentimientos familiares puede ser desvelo por su suerte, en el campo de las relaciones sociales puede convertirse fácilmente en la imposición de ciega obediencia al poder establecido.

Ellos somos todos; su cultura es la producida por períodos que exceden por cierto sus tiempos de existencia. Han llegado al mundo con la heredad del agobio de los fracasos, la esperanza de los aciertos, la imaginación del destino común, y tienen el desafío de remontarla a través de la incesante reconstrucción experimental de sus propias vidas. La diferencia real con los mayores está en su potencialidad así como la semejanza estriba en la posibilidad de examinar el pasado y compartir el presente. Por eso, la lectura de las siguientes estadísticas no permite la enajenación del entomólogo que examina un bicho a través del microscopio; es más bien una mirada reflexiva al espejo de cada uno.

El perfil del ocio

Rubro	Lo hace (frecuentemente) Porcentajes (%)	Le interesaría (mucho)
Escuchar discos y/o casetes	61	56
Salir / reunirse con amigos	56	71
Escuchar radio	54	44
Ver TV	39	16
Pasear por lugares al aire libre	52	73
Leer	39	65
Salir de compras	38	29
Reparar cosas en la casa	33	31
Practicar deportes / activ. físicas	33	68
Ir a bares / confiterías	29	24
Visitar familiares	25	25
Ir a bailar	21	28
Concurrir a espect. deportivos	19	36
Ir al cine	17	41
Pintar / cerámica / instr. musicales	16	40
Jugar a las cartas	15	14
Realizar actividades culturales	9	35
Jugar al pool	7	9
Ir al teatro	7	29

¡Qué vida insatisfecha la de estos jóvenes! Es suficiente comparar las dos columnas del cuadro para darse cuenta. Lo que hacen con más frecuencia no coincide a menudo con lo que más les interesa. Cada vez que se los ve aislados del mundo por el walkman, sentados frente al televisor o empujando las horas desde la mesa de un bar, en realidad muchos de ellos sólo están resolviendo mal la contradicción del tiempo que les tocó vivir: la crisis les quita recursos económicos para hacer lo que más les gustaría pero al mismo tiempo los incita a consumir con la promesa que serán propietarios del futuro. Pero la inhibición del gasto es sólo una porción del tema; el autoritarismo del mercado los expulsa de la vida social que desearían: reunirse con amigos, practicar deportes, leer, ir al cine y al teatro, pintar, hacer música además de oírla, realizar actividades culturales. Ni siquiera están contentos con el trabajo que realizan y mucho menos con la condición de desempleados o con la falta de vivienda propia (aunque sea alquilada) o con las posibilidades para las próximas vacaciones. Parecen condenados a existir solamente en los marcos de referencia que coloca la cultura dominante. La transgresión suele ser reprendida con el ejemplo de las derrotas de los rebeldes del '70; pocos dicen que el conformismo es la verdadera derrota.

Los encuestados son porteños, de ambos sexos (femenino 52% y masculino 48%), entre los 16 y 30 años. Socialmente pertenecen a la clase media en el sentido más convencional de la categoría, por la ocupación del jefe de familia, por la vivienda que ocupan (58% con casa familiar propia), por la ubicación de la misma (99% en calles de asfalto), y por los servicios que reciben: luz eléctrica (100%), agua corriente (100%), gas (95%), teléfono (59%) y TV color (74%). El 44% tiene auto en la familia, casi la mitad (42%) estudia y el 60% trabaja (del total, el 6% se declaró desocupado).

Como el 80% de los que respondieron tienen entre 20 y 30 años, basta una simple operación aritmética para advertir que pasaron buena parte o la totalidad de la adolescencia en una sociedad dominada por el terrorismo de Estado y agobiada por la crisis económica. El 11% estaba en edad de conscripción militar en 1982 y uno de cada dos revistaba en la reserva por lo que pudo haber sido reclutado para combatir en la guerra de las Malvinas. Forman parte de la única generación de argentinos que, en este siglo, sintió las angustias de la muerte como una posibilidad histórica antes que biológica.

En el momento de la encuesta, a fines de 1987, todavía el 50% vivía en la casa paterna, donde el jefe de familia es propietario de pequeños talleres/comercios (17%), profesional (10%), empleado/vendedor (15%), trabajador no especializado de servicios (11%) y otros oficios similares. Sólo el 2% de ellos son presentados como ejecutivos de grandes empresas, públicas o privadas, y apenas el 13% del total figura en la cabecera más alta de la clase media (nivel ABC1).

Quiere decir que en los últimos diez años (cinco con dictadura, cinco con democracia, todos con crisis económica) la mayoría de esos jóvenes compartió la decadencia familiar del nivel de vida, las conversaciones sobre los agravios cotidianos, la amargura de presentir con el viejo Discepolín que "todo es igual, nada es mejor", la resignada sabiduría de que la especulación produce bienestar y que la dignidad del trabajo honesto ya no rinde ni para el discurso de los políticos que sólo hablan de eficiencia, inversiones, mercados de capitales y de una deuda externa que enriqueció a unos pocos y hay que pagarla entre todos.

Mientras crecían vieron cerrarse fábricas y aumentar el número de cuentapropistas, que la dictadura, la guerra y la débil democracia modificaban estructuras productivas y jerarquías sociales, establecían hábitos y comportamientos, inducían valores existenciales y otorgaban sentidos a la vida, la mayoría de las veces con pautas contrarias a las que formaron a sus padres. Es probable que muchos de ellos consideren que el mundo mejor está en el pasado ante un presente plagado de dificultades y un futuro incierto. El 64% de las respuestas estuvo de acuerdo en que "la vida de barrio era más humana", con nostalgia por la vida no vivida. El 69% no se iría al extranjero, y si bien el 52% prefiere la ciudad, el 44% elegiría el interior, quizás en busca de ese modo de vida más humano.

No es raro, entonces, que únicamente el 7% otorgue prioridad a "mantener viva la esperanza", en tanto el 15% crea que "cada uno debe arreglárselas como puede", el 17% busque su "satisfacción inmediata" y el 28% se encuentre "sin expectativa de futuro ni progreso". El 52% considera que "el país va por mal camino" y la otra mitad se divide entre los que no saben o no contestan (18%) y los que lo ven "por buen camino" (30%). Este último porcentaje aumenta un poco (38%) entre los que pronostican que mejorará "la situación económica futura", en tanto un 28% anota que "se mantendrá igual", el 21% que "empeorará" y el 12% se abstiene de presagios.

Con el espíritu pasatista que suelen mostrar sociedades más satisfechas, o tal vez por escepticismo sobre el porvenir dibujado por la crisis, el 58% opina que lo importante es gozar el presente aunque el 73% reconoce que la gente en este país tiene razones para quejarse.

Por supuesto, ellos también tienen motivos. El 76% disiente con que "cada vez es más difícil poder estudiar". Del 14 al 20% considera que "realiza un gran esfuerzo" y el 99% está de acuerdo en que el trabajo y el esfuerzo son importantes. El 54% preferiría trabajar "por cuenta propia", el 26% en la "actividad privada" y el cuatro por ciento "en una cooperativa". No es ésta su situación actual: el 37% se declara "económicamente no activo", el 36% "asalariado en el sector privado", el 10% en el "sector público" y sólo el 12% es "trabajador por cuenta propia". Ninguno pertenece a una cooperativa.

Han absorbido, por cierto, el discurso de una época de auge de las ideas del neoconservadorismo, en las que el triunfo individual se propone como más posible que el bienestar colectivo y el Estado, como la guerra, es exhibido como un monstruo grande que pisa fuerte. Con el 15% que no sabe o no contesta, el 48% del total contesta que "el Estado anula la iniciativa de la gente" (el 37% está en desacuerdo), el 60% rechaza que "el Estado debe dar servicios públicos aunque pierda" y, lógicamente, el 66% piensa que sería "mejor que el Estado privatice" esos servicios porque las "empresas privadas son más eficientes que las públicas" (69% a favor). Al mismo tiempo, el 77% reclama que el "Estado debe dar trabajo al que quiera" en lugar de demandárselo a la iniciativa privada. Paradojas de una cultura social que guarda en su memoria el recuerdo de épocas



Miguel Martelotti

LAS ESTADISTICAS DE UNA CULTURA

¿Sus nociones sobre la familia, el Estado, el trabajo, la política, la libertad, los deseos, la vida cotidiana, en definitiva su cultura, forman parte de la herencia del Proceso? ¿Son el testimonio cruel de las impotencias para el cambio de cinco años de transición democrática? ¿Acaso el intento de definirlos resulta distorsionado porque, al fin y al cabo, como siempre son el reflejo exaltado del tiempo que les toca vivir? Sometida a estos interrogantes, la encuesta sobre la cultura de los jóvenes porteños provoca, de inmediato, una avalancha de nuevas preguntas. Hay datos que impresionan, otros que sobresaltan, vienen cargados de imprecisiones, esbozos, insinuaciones, dan ganas de seguir averiguando. Porque, en última instancia, la trayectoria por estas cifras estadísticas no es otra cosa que un viaje hacia la identidad de toda la franja social a la que pertenecen.

Lo más injusto que puede decirse de ellos es que son excepcionales, simplemente porque tienen menos años de vida que sus jueces. Convertirlos en diferentes implica diferir sus derechos para el futuro, cuando alcancen la normalidad de un standard predeterminado aunque sea a costa del cinismo o la resignación, y también implica cargarlos por ahora con la responsabilidad de seguir el itinerario que otros les planifican. La autoridad de la experiencia que en el micromundo de los sentimientos familiares puede ser desvelo por su suerte, en el campo de las relaciones sociales puede convertirse fácilmente en la imposición de ciega obediencia al poder establecido.

Ellos somos todos; su cultura es la producida por períodos que exceden por cierto sus tiempos de existencia. Han llegado al mundo con la heredad del agobio de los fracasos, la esperanza de los aciertos, la imaginación del destino común, y tienen el desafío de remontarla a través de la incesante reconstrucción experimental de sus propias vidas. La diferencia real con los mayores está en su potencialidad así como la semejanza estriba en la posibilidad de examinar el pasado y compartir el presente. Por eso, la lectura de las siguientes estadísticas no permite la enajenación del entomólogo que examina un bicho a través del microscopio; es más bien una mirada reflexiva al espejo de cada uno.

El perfil del ocio

Rubro	Lo hace (frecuentemente)	Le interesaría (mucho)
	Porcentajes (%)	
Escuchar discos y/o casetes	61	56
Salir / reunirse con amigos	56	71
Escuchar radio	54	44
Ver TV	39	16
Pasear por lugares al aire libre	52	73
Leer	39	65
Salir de compras	38	29
Reparar cosas en la casa	33	31
Practicar deportes / activ. físicas	33	68
Ir a bares / confiterías	29	24
Visitar familiares	25	25
Ir a bailar	21	28
Concurrir a espect. deportivos	19	36
Ir al cine	17	41
Pintar / cerámica / instr. musicales	16	40
Jugar a las cartas	15	14
Realizar actividades culturales	9	35
Jugar al pool	7	9
Ir al teatro	7	29

¡Qué vida insatisfecha la de estos jóvenes! Es suficiente comparar las dos columnas del cuadro para darse cuenta. Lo que hacen con más frecuencia no coincide a menudo con lo que más les interesa. Cada vez que se los ve aislados del mundo por el walkman, sentados frente al televisor o empujando las horas desde la mesa de un bar, en realidad muchos de ellos sólo están resolviendo mal la contradicción del tiempo que les tocó vivir: la crisis les quita recursos económicos para hacer lo que más les gustaría pero al mismo tiempo los incita a consumir con la promesa que serán propietarios del futuro. Pero la inhibición del gasto es sólo una porción del tema; el autoritarismo del mercado los expulsa de la vida social que desearían: reunirse con amigos, practicar deportes, leer, ir al cine y al teatro, pintar, hacer música además de oírla, realizar actividades culturales. Ni siquiera están contentos con el trabajo que realizan y mucho menos con la condición de desempleados o con la falta de vivienda propia (aunque sea alquilada) o con las posibilidades para las próximas vacaciones. Parecen condenados a existir solamente en los marcos de referencia que coloca la cultura dominante. La transgresión suele ser reprendida con el ejemplo de las derrotas de los rebeldes del '70; pocos dicen que el conformismo es la verdadera derrota.

Los encuestados son porteños, de ambos sexos (femenino 52% y masculino 48%), entre los 16 y 30 años. Socialmente pertenecen a la clase media en el sentido más convencional de la categoría, por la ocupación del jefe de familia, por la vivienda que ocupan (58% con casa familiar propia), por la ubicación de la misma (99% en calles de asfalto), y por los servicios que reciben: luz eléctrica (100%), agua corriente (100%), gas (95%), teléfono (59%) y TV color (74%). El 44% tiene auto en la familia, casi la mitad (42%) estudia y el 60% trabaja (del total, el 6% se declaró desocupado).

Como el 80% de los que respondieron tienen entre 20 y 30 años, basta una simple operación aritmética para advertir que pasaron buena parte o la totalidad de la adolescencia en una sociedad dominada por el terrorismo de Estado y agobiada por la crisis económica. El 11% estaba en edad de conscripción militar en 1982 y uno de cada dos revistaba en la reserva por lo que pudo haber sido reclutado para combatir en la guerra de las Malvinas. Forman parte de la única generación de argentinos que, en este siglo, sintió las angustias de la muerte como una posibilidad histórica antes que biológica.

En el momento de la encuesta, a fines de 1987, todavía el 50% vivía en la casa paterna, donde el jefe de familia es propietario de pequeños talleres/comercios (17%), profesional (10%), empleado/vendedor (15%), trabajador no especializado de servicios (11%) y otros oficios similares. Sólo el 2% de ellos son presentados como ejecutivos de grandes empresas, públicas o privadas, y apenas el 13% del total figura en la cabecera más alta de la clase media (nivel ABC1).

Quiere decir que en los últimos diez años (cinco con dictadura, cinco con democracia, todos con crisis económica) la mayoría de esos jóvenes compartió la decadencia familiar del nivel de vida, las conversaciones sobre los agravios cotidianos, la amargura de presentir con el viejo Discepolín que "todo es igual, nada es mejor", la resignada sabiduría de que la especulación produce bienestar y que la dignidad del trabajo honesto ya no rinde ni para el discurso de los políticos que sólo hablan de eficiencia, inversiones, mercados de capitales y de una deuda externa que enriqueció a unos pocos y hay que pagarla entre todos.

Mientras crecían vieron cerrarse fábricas y aumentar el número de cuentapropistas, que la dictadura, la guerra y la débil democracia modificaban estructuras productivas y jerarquías sociales, establecían hábitos y comportamientos, inducían valores existenciales y otorgaban sentidos a la vida, la mayoría de las veces con pautas contrarias a las que formaron a sus padres. Es probable que muchos de ellos consideren que el mundo mejor está en el pasado ante un presente plagado de dificultades y un futuro incierto. El 64% de las respuestas estuvo de acuerdo en que "la vida de barrio era más humana", con nostalgia por la vida no vivida. El 69% no se iría al extranjero, y si bien el 52% prefiere la ciudad, el 44% elegiría el interior, quizás en busca de ese modo de vida más humano.

No es raro, entonces, que únicamente el 7% otorgue prioridad a "mantener viva la esperanza", en tanto el 15% crea que "cada uno debe arreglárselas como puede", el 17% busque su "satisfacción inmediata" y el 28% se encuentre "sin expectativa de futuro ni progreso". El 52% considera que "el país va por mal camino" y la otra mitad se divide entre los que no saben o no contestan (18%) y los que lo ven "por buen camino" (30%). Este último porcentaje aumenta un poco (38%) entre los que pronostican que mejorará "la situación económica futura", en tanto un 28% anota que "se mantendrá igual", el 21% que "empeorará" y el 12% se abstiene de presagios.

Con el espíritu pasatista que suelen mostrar sociedades más satisfechas, o tal vez por escepticismo sobre el porvenir dibujado por la crisis, el 58% opina que lo importante es gozar el presente aunque el 73% reconoce que la gente en este país tiene razones para quejarse.

Por supuesto, ellos también tienen motivos. El 76% disiente con que "cada vez es más difícil poder estudiar". Del 14 al 20% considera que "realiza un gran esfuerzo" y el 99% está de acuerdo en que el trabajo y el esfuerzo son importantes. El 54% preferiría trabajar "por cuenta propia", el 26% en la "actividad privada" y el cuatro por ciento "en una cooperativa". No es ésta su situación actual: el 37% se declara "económicamente no activo", el 36% "asalariado en el sector privado", el 10% en el "sector público" y sólo el 12% es "trabajador por cuenta propia". Ninguno pertenece a una cooperativa.

Han absorbido, por cierto, el discurso de una época de auge de las ideas del neoconservadorismo, en las que el triunfo individual se propone como más posible que el bienestar colectivo y el Estado, como la guerra, es exhibido como un monstruo grande que pisa fuerte. Con el 15% que no sabe o no contesta, el 48% del total contesta que "el Estado anula la iniciativa de la gente" (el 37% está en desacuerdo), el 60% rechaza que "el Estado debe dar servicios públicos aunque pierda" y, lógicamente, el 66% piensa que sería "mejor que el Estado privatice" esos servicios porque las "empresas privadas son más eficientes que las públicas" (69% a favor). Al mismo tiempo, el 77% reclama que el "Estado debe dar trabajo al que quiera" en lugar de demandárselo a la iniciativa privada. Paradojas de una cultura social que guarda en su memoria el recuerdo de épocas donde el Estado fue el único benefactor.

No es la única contradicción que aparece cuando se cruzan las respuestas. Mientras el 81% evalúa negativamente —de "más o menos" (49%), "mal" (22%) a "muy mal" (10%)—, el desempeño del actual gobierno nacional, el 50% califica bien la "imagen del presidente Alfonsín", el 30% de "regular" y el 18% de "malo" y "muy malo". Cuando miran atrás, hacia los últimos 25 años, para opinar sobre "el gobierno que resolvió mejor el problema" el veredicto se divide todavía más. El 30% cree que "ninguno", el 34% que el actual (1983-87) y el 16% se inclina por el peronista (1973-76). El cinco por ciento otorga el beneficio a la dictadura (1976-83) y probablemente sea el mismo cuatro por ciento que califica al "sistema manejado por los militares" como la "mejor forma de gobierno". En cambio, cuando tienen que opinar sobre la ley de obediencia debida, el 50% manifiesta desacuerdo, el 24% acuerdo y el 25% no responde.

En verdad, la política les interesa poco. El 67% de estos porteños no saben o no contestan cuando se les pregunta "quién es el intendente" de su ciudad. En términos globales, el 95% del total de entrevistados acepta que no participa en agrupaciones políticas, pero el 86% tampoco tiene interés en hacerlo. Convocados a fijar prioridades, el cinco por ciento se pronuncia por "afirmar la vida democrática" y ninguno cree que la "mejor forma de gobierno" pueda ser "un sistema verdadero, justo y democrático" o "manejado por militares sin desaparecidos". El 68% se inclina por "un sistema con dos o más partidos" y el 20% por el monopartidismo. La polarización electoral de los últimos años resulta así consagrada como sistema democrático y, dado que la encuesta no lo incluye, queda por saber cuál sería la respuesta acerca de la actitud a tomar frente al derecho de las minorías.

Por lo pronto, la mayoría de los encuestados considera que, con excepción de la propia familia, las instituciones sociales los ignoran. Después de la familia, reciben atención de instituciones religiosas y partidos políticos, aunque las opiniones en ambos casos aparecen muy divididas. Están los que se sienten muy atendidos (24% por las instituciones y 23,8% por los partidos) en minoría respecto de los que consideran que reciben poca atención (30,8% y 27,2%, respectivamente). Se consideran muy poco atendidos principalmente en centros de difusión cultural (44,4%), la universidad y las escuelas (41,2%), los centros de salud (38,8%) y en el ámbito laboral (36,4%).

En una sociedad indiferente sólo queda el recinto familiar como ámbito auspicioso, tal cual puede verse en el siguiente cuadro, que sintetiza distintas tablas estadísticas:

Categorías	Se sienten atendidos por la familia (Porcentaje, %)
Mujeres	57,1
Varones	39,1
De 13 a 18 años	58,3
De 19 a 24 años	52,6
De 25 a 30 años	51,8
Jóvenes que trabajan	49,6
Jóvenes que no trabajan	60,9
Con educación primaria	49,1
Con educación secundaria	50,1
Con educación terciaria	46,0
Con educación universitaria	56,9

En contrapartida a la escasa atención que reciben de los demás, sólo el tres % atribuye importancia "a servir a la comunidad", el cuatro % "a manifestar solidaridad con los otros", el cinco % "a buscar la igualdad entre todos". Pero tampoco manifiestan mayor deseo por participar. En el ámbito laboral es donde lo hacen con mayor intensidad (28,9%), pero la encuesta no pregunta acerca de los sindicatos, excepto para verificar que el 52% concuerda que "no beneficia que el Estado controle a los partidos políticos y a los sindicatos", mientras que el 20% no arriesga opinión al respecto. Después del "ámbito laboral", en materia de participación siguen las instituciones educativas (22,3%), clubes (22%) y centros de difusión cultural (18,8%). El 91% no es afiliado a ninguna institución o asociación y el 76% de ellos ni siquiera desea serlo. Sólo el 25% es miembro de algún club (el 37% del total de entrevistados prefiere que sean pequeños) y el 37% concurre a servicios religiosos.

Entre las cosas que importan, le asignan el primer lugar a "lograr la justicia" (23%), "vivir mejor" (14%), "ganar la paz" (14%) y "progresar en la vida" (11%). Cuando se les pide que reasignen prioridades a esos mismos valores ("importancia en segundo lugar"), en la cúspide se ubica "progresar en la vida" (13%), seguido de "vivir mejor" (11%) que empata con "lograr la justicia" y "ganar la paz". Progreso, justicia y paz, una vida mejor, son todas aspiraciones legítimas, tan antiguas y persistentes en la imaginación del hombre que se las puede reconocer en la historia como la razón última de las mejores causas. Es posible que a lo largo de los tiempos en la pugna por conseguir que esos deseos se convirtieran en derechos compartidos y solidarios, sus paladines hayan convertido a la humanidad en una abstracción, olvidando la satisfacción particular del hombre concreto, pero lo que es seguro es que sin sentido de pertenencia a una comunidad, sin disposición a la solidaridad, sin compasión ni piedad, esas aspiraciones terminan siendo privilegios de una élite, ni siquiera de los mejores de cada generación.









Miguel Martelotti

ADISTICAS
UNA
TURA

donde el Estado fue el único benefactor.

No es la única contradicción que aparece cuando se cruzan las respuestas. Mientras el 81% evalúa negativamente —de "más o menos" (49%), "mal" (22%) a "muy mal" (10%)—, el desempeño del actual gobierno nacional, el 50% califica bien la "imagen del presidente Alfonsín", el 30% de "regular" y el 18% de "malo" y "muy malo". Cuando miran atrás, hacia los últimos 25 años, para opinar sobre "el gobierno que resolvió mejor el problema" el veredicto se divide todavía más. El 30% cree que "ninguno", el 34% que el actual (1983-87) y el 16% se inclina por el peronista (1973-76). El cinco por ciento otorga el beneficio a la dictadura (1976-83) y probablemente sea el mismo cuatro por ciento que califica al "sistema manejado por los militares" como la "mejor forma de gobierno". En cambio, cuando tienen que opinar sobre la ley de obediencia debida, el 50% manifiesta desacuerdo, el 24% acuerdo y el 25% no responde.

En verdad, la política les interesa poco. El 67% de estos porteños no saben o no contestan cuando se les pregunta "quién es el intendente" de su ciudad. En términos globales, el 95% del total de entrevistados acepta que no participa en agrupaciones políticas, pero el 86% tampoco tiene interés en hacerlo. Convocados a fijar prioridades, el cinco por ciento se pronuncia por "afirmar la vida democrática" y ninguno cree que la "mejor forma de gobierno" pueda ser "un sistema verdadero, justo y democrático" o "manejado por militares sin desaparecidos". El 68% se inclina por "un sistema con dos o más partidos" y el 20% por el monopartidismo. La polarización electoral de los últimos años resulta así consagrada como sistema democrático y, dado que la encuesta no lo incluye, queda por saber cuál sería la respuesta acerca de la actitud a tomar frente al derecho de las minorías.

Por lo pronto, la mayoría de los encuestados considera que, con excepción de la propia familia, las instituciones sociales los ignoran. Después de la familia, reciben atención de instituciones religiosas y partidos políticos, aunque las opiniones en ambos casos aparecen muy divididas. Están los que se sienten muy atendidos (24% por las instituciones y 23,8% por los partidos) en minoría respecto de los que consideran que reciben poca atención (30,8% y 27,2%, respectivamente). Se consideran muy poco atendidos principalmente en centros de difusión cultural (44,4%), la universidad y las escuelas (41,2%), los centros de salud (38,8%) y en el ámbito laboral (36,4%).

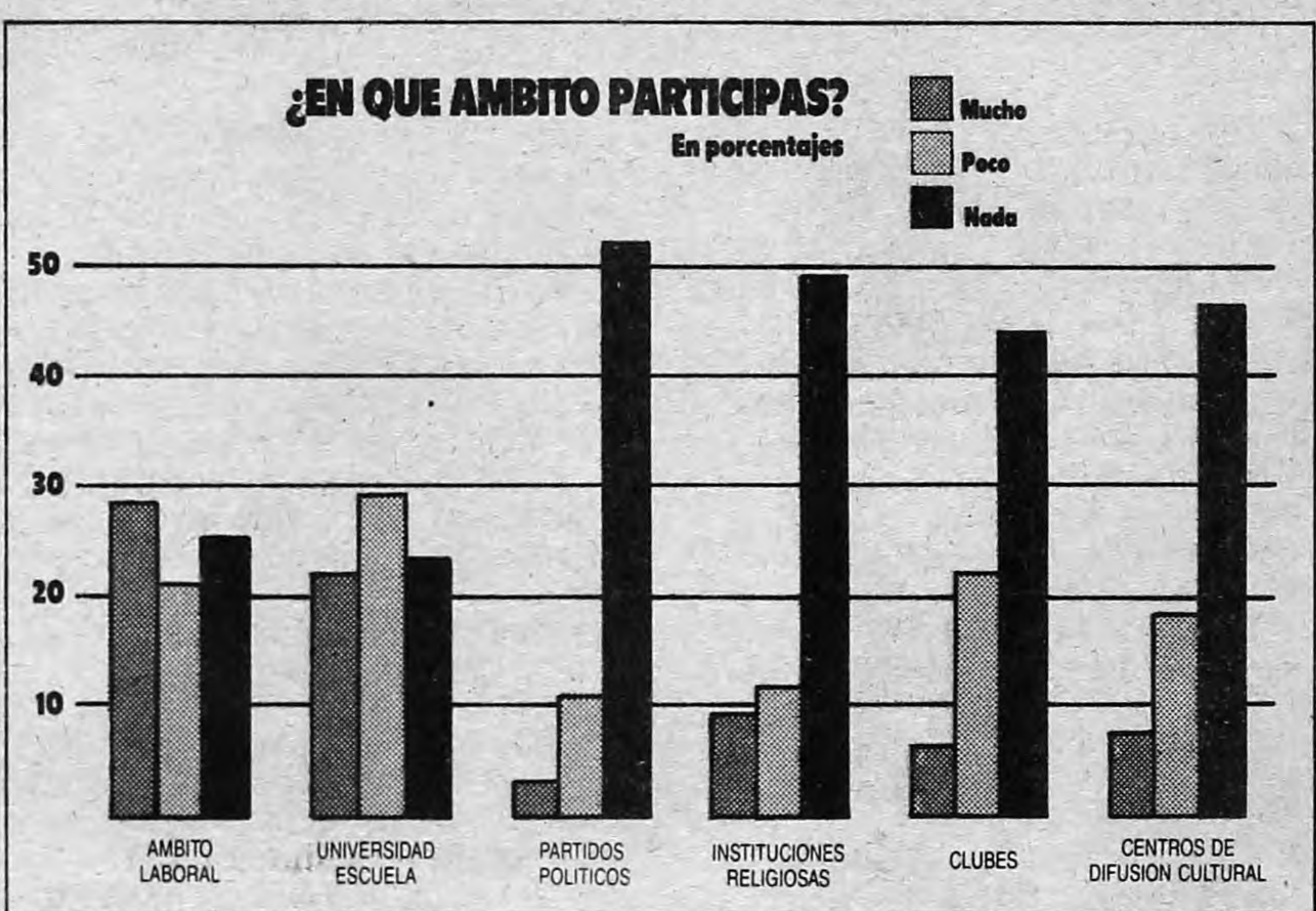
En una sociedad indiferente sólo queda el recinto familiar como ámbito auspicioso, tal cual puede verse en el siguiente cuadro, que sintetiza distintas tablas estadísticas:

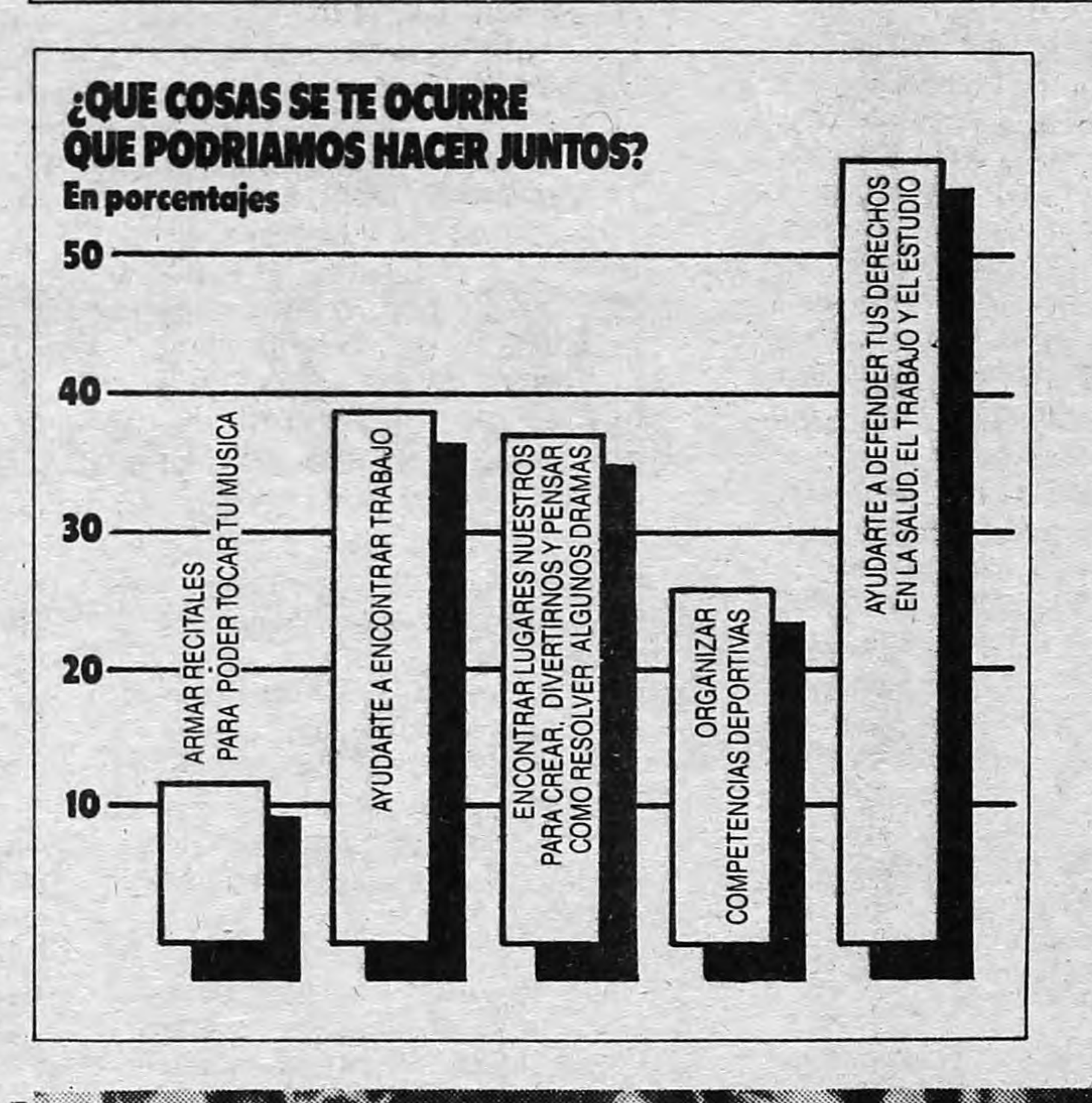
Categorías	Se sienten atendidos por la familia (Porcentaje, %)
Mujeres	57,1
Varones	39,1
De 13 a 18 años	58,3
De 19 a 24 años	52,6
De 25 a 30 años	51,8
Jóvenes que trabajan	49,6
Jóvenes que no trabajan	60,9
Con educación primaria	49,1
Con educación secundaria	50,1
Con educación terciaria	46,0
Con educación universitaria	56,9

En contrapartida a la escasa atención que reciben de los demás, sólo el tres % atribuye importancia "a servir a la comunidad", el cuatro % "a manifestar solidaridad con los otros", el cinco % "a buscar la igualdad entre todos". Pero tampoco manifiestan mayor deseo por participar. En el ámbito laboral es donde lo hacen con mayor intensidad (28,9%), pero la encuesta no pregunta acerca de los sindicatos, excepto para verificar que el 52% concuerda que "no beneficia que el Estado controle a los partidos políticos y a los sindicatos", mientras que el 20% no arriesga opinión al respecto. Después del "ámbito laboral", en materia de participación siguen las instituciones educativas (22,3%), clubes (22%) y centros de difusión cultural (18,8%). El 91% no es afiliado a ninguna institución o asociación y el 76% de ellos ni siquiera desea serlo. Sólo el 25% es miembro de algún club (el 37% del total de entrevistados prefiere que sean pequeños) y el 37% concurre a servicios religiosos.

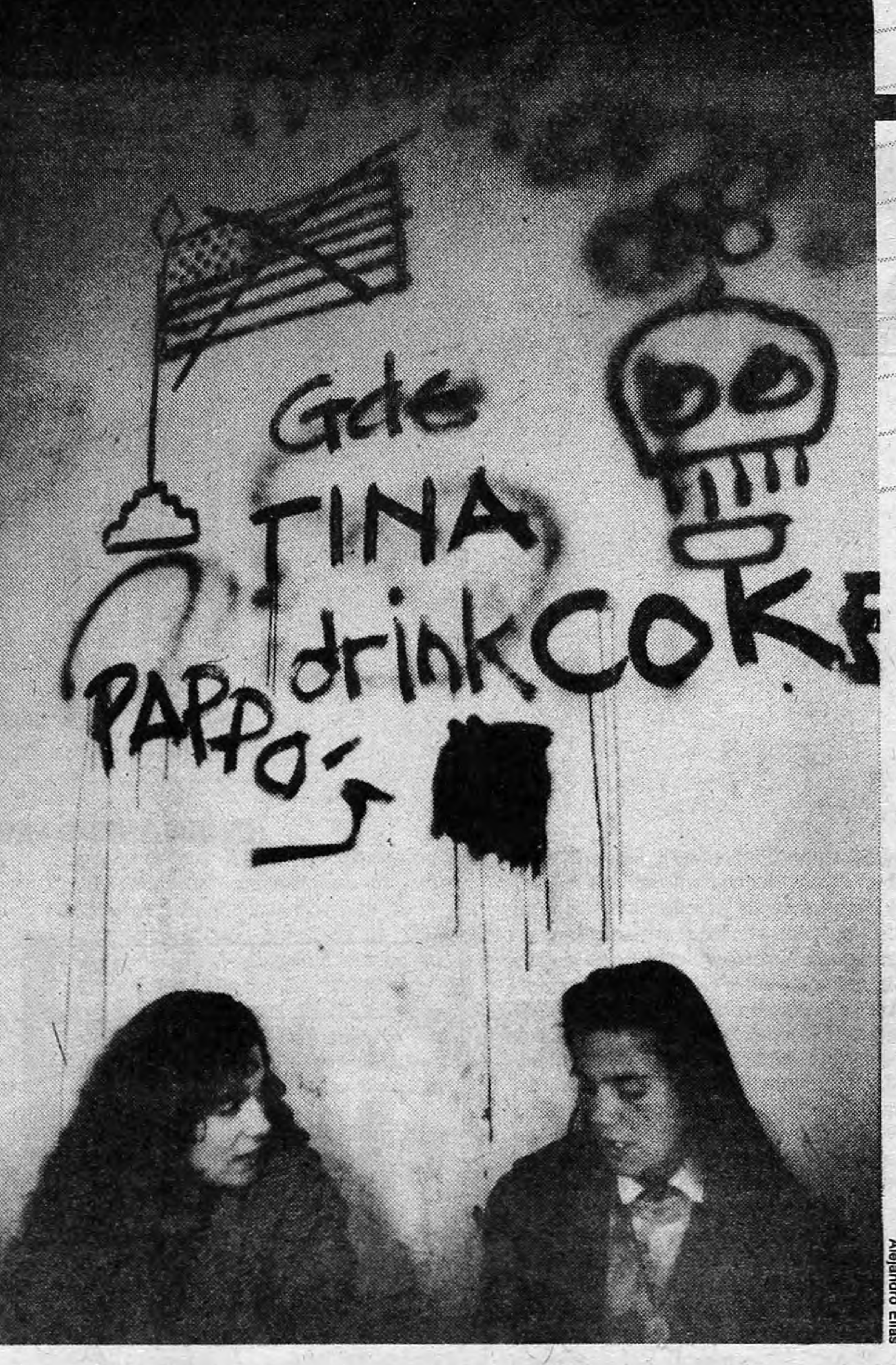
Entre las cosas que importan, le asignan el primer lugar a "lograr la justicia" (23%), "vivir mejor" (14%), "ganar la paz" (14%) y "progresar en la vida" (11%). Cuando se les pide que reasignen prioridades a esos mismos valores ("importancia en segundo lugar"), en la cúspide se ubica "progresar en la vida" (13%), seguido de "vivir mejor" (11%) que empata con "lograr la justicia" y "ganar la paz". Progreso, justicia y paz, una vida mejor, son todas aspiraciones legítimas, tan antiguas y persistentes en la imaginación del hombre que se las puede reconocer en la historia como la razón última de las mejores causas. Es posible que a lo largo de los tiempos en la pugna por conseguir que esos deseos se convirtieran en derechos compartidos y solidarios, sus paladines hayan convertido a la humanidad en una abstracción, olvidando la satisfacción particular del hombre concreto, pero lo que es seguro es que sin sentido de pertenencia a una comunidad, sin disposición a la solidaridad, sin compasión ni piedad, esas aspiraciones terminan siendo privilegios de una élite, ni siquiera de los mejores de cada generación.








Miguel Martelotti



Alejandro Elías

EL SENTIDO DE LA LIBERTAD

Durante la dictadura la libertad tuvo un sinónimo —el advenimiento de la democracia— y un método para conseguirla: las elecciones. Era un punto de partida hacia un futuro que cada cual imaginaba a su paladar. Los sociólogos dictaminaban que sería fundacional, sugestionando a todos con la posibilidad de asistir al sepelio del viejo país y de las tradiciones injustas.

Antes del terror, el nombre era acción, y la humanidad liberada significaba otra vez acción "cuyo valor no se satisface con dinero", para decirlo en términos escolásticos. En su versión moderada, liberación era libertad más justicia social y en la exaltada era lisa y llanamente el socialismo, con o sin el adjetivo de "nacional".

Advenida la democracia, su máximo representante, Raúl Alfonsín, le estampó otros membretes —con libertad "se cura, se educa, se trabaja"— y un breviario de doctrina, el Preámbulo de la Constitución Nacional. Para exorcizar al pasado inmediato la mayor parte de la sociedad aceptó la sentencia de "nunca más", una promesa para muchos, un juramento para algunos.

En una operación de sincretismo, hay liberacionistas y demócratas liberales que proponen al unísono un nuevo modo único de darle sentido a la libertad: la participación, exagerada por cierta retórica en boga con tanta vana insistencia que más que una instrucción de comportamiento parece, a veces, un intento de disolver las distancias entre el Che Guevara y Alexis de Tocqueville. Hay extremos por supuesto: de un lado, los que buscan la diferencia entre la realidad y la formalidad de la democracia, lo cual supone reducciones diversas del mismo sentido, y del otro, los que agotan sus expectativas en la gobernabilidad del sistema como si su perduración dependiese de la eficacia administrativa.

Es trabajoso encontrar rastros de estas versiones en el sentido común que retrata la encuesta municipal. En el temario que los jóvenes califican de "importancia en primer lugar" el cinco por ciento de las opiniones considera que hay que afianzar la democracia. Tal vez no sea por indiferencia al régimen que los contiene, sino porque la suponen una tarea de otros, concretamente de los partidos políticos, en los que participan en mínima medida sin ninguna voluntad explícita de ampliar esa presencia. El concepto de militancia que en tiempos pasados era una condición de respeto y hasta podía disimular defectos del practicante, quizás haya sido espantado por la decepción y el dolor de varias generaciones.

En la misma asignación de importancia, el tres por ciento demanda "tener mayor libertad", ¿acaso porque el 97 por ciento restante está satisfecho con la que tiene? Sería mejor preguntarse antes qué se entiende por libertad, por democracia, por importancia? Esta suele ser una de la mayores debilidades de los sondeos estadísticos, donde por lo menos hay tres significados posibles: 1) de quien pregunta, 2) de quien responde y 3) de quien interpreta el resultado. De ahí que los diseñadores de encuestas incorporen preguntas alternativas y complementarias, para que luego, cruzando las respuestas, puedan aproximarse más a la acepción correcta del resultado.

En este caso, es posible "cruzar" esa mínima demanda con dos valores que suelen relacionarse con la libertad: disciplina y autoridad. Invitados a opinar si "al dar libertad la disciplina se relaja", el 56 por ciento asiente, el 42 por ciento discrepa y el dos por ciento no sabe o no contesta. ¿Es que esa mayoría considera que a medida que el hombre y la comunidad consiguen mayor libertad, más cerca se encuentran del caos y de la anarquía, dos términos frecuentes en los discursos de las dictaduras del último siglo para pretextar el asalto al poder? Toda respuesta absoluta sería desmedida en relación con los datos que se disponen.

Pero un nuevo acercamiento consiste en relacionar disciplina con autoridad. Acerca de si "alguien tiene que mandar para bien", da su acuerdo el 69 por ciento del total de entrevistados y lo niega el 31 por ciento. Es cierto que la pregunta otorga una cualidad —"para bien" — al poder y, en consecuencia, lo despoja de probabilidades de arbitrariedad o injusticia. En consecuencia, la extendida mayoría de asentimientos puede ser leída como un elemental concepto de organicidad en las relaciones sociales.

Pero sería una lectura un tanto ingenua, a la vista de las reacciones divididas en partes casi iguales cuando la encuesta propone que "la autoridad firme logra la convivencia". El 55 por ciento está en desacuerdo con la proposición (7 por ciento "muy en desacuerdo") y el 41 por ciento la comparte (3 por ciento "muy de acuerdo"). ¿Cómo se compagina este resultado casi parejo con el indubitable 81 por ciento de los mismos entrevistados que se pronuncian en contra de que la mujer tenga que obedecer al marido? ¿Quiere decir que la convivencia en la pareja no depende de una "autoridad firme"? ¿Y por qué la regla sí es válida para la vida social?

¿Dicen lo que suponen que es más confortable porque es lo que el otro quiere escuchar? ¿Mienten? ¿Cuándo? ¿Es el convencional y antiguo "haz lo que yo digo pero no lo que yo hago", que ahora la vulgata socio-psicológica engloba en la denominación del "doble discurso"? ¿Acaso es la inconsciente reiteración de los verdaderos discursos dobles que suelen pronunciarse en muchas tribunas de los poderes establecidos?

Tal vez lo que sucede es que el terreno firme está en la propia intimidad, único sitio concebido para ser libre. Reflexionando sobre su generación un joven de 22 años, entre otros argumentos, escribió: "Nada más lejano del *divino tesoro* de los '80 que ese afán de trascendencia pública, a la manera sartreana, que parecía estallar en los pechos de hace 20 años. El poder y la gloria, de acuerdo: es la mejor manera de que te dejen vivir tranquilo en casa." (*)

La posibilidad de este cambio en la concepción de lo público y lo privado, sugiere otra vía de exploración. La reivindicación de los derechos humanos, nota distintiva del debate público de los últimos años, entre otros legítimos contenidos introdujo una demanda de comportamiento moral al poder y a la gloria. Pero esa dimensión se sostiene a condición de que permanezca atada a un sentido de solidaridad social, duramente atacado por el afán de supervivencia en la crisis, cuyo mensaje central indica que "cada uno tiene que arreglárselas como pueda". Sin principio de solidaridad, los derechos humanos corren el riesgo de interpretarse como un asunto de litigio personal para el afectado sin repercusión alguna en su comunidad.

Al mismo tiempo, han aparecido como lugar común las referencias acerca del enano fascista que cada uno lleva adentro. La literatura clásica universal y la psicología tienen escritas varias bibliotecas sobre la multiplicidad de la condición humana. Pero aquellas frases hechas, en el plano político-cultural, presuponen que todos son potencialmente fascistas, sólo que algunos pierden la batalla con el propio enano. El fascismo, así presentado, pasa a ser un riesgo para el desprevenido en vez de una ideología y de un método perversos. Más todavía, como todo se reduce a tener "buenas ondas" el sentido de la libertad queda sujeto al fenómeno físico del electromagnetismo.

Dicho de otro modo: si existen tendencias autoritarias entre los jóvenes es porque existen grupos que, por error o por malicia, las alientan. Por lo tanto, el sentido de la libertad no depende de un corte generacional sino de veredas ideológicas, en cada una de las cuales hay viejos y jóvenes.

(*) *Memorias de un psicobolche*, Gabriel Pasquini, en *El Porteño*, julio/88.

Familia y pareja

Para los encuestados la familia es un valor de primera importancia. La mitad de ellos vive "con sus padres", el 19% "con su pareja / conyuge", el 12% "con su mujer y sus hijos" y el 5% solos. A tal punto que cuando tienen que identificar los elementos que repercuten más negativamente en su generación señalan a "la desunsión de las familias" (32%) inmediatamente después de "las drogas" (41%), y por encima de "la falta de trabajo" (19%), como factores principales. El SIDA recibe apenas el uno por ciento de las opiniones y la "falta de perspectiva/campo de acción" nada (0%).

Es habitual que la noción de familia esté sujeta a ciertas concepciones de moral y de costumbres. El 48% de los encuestados acuerda que "no importa las barreras morales", pero otro porcentaje igual se manifestó en desacuerdo.

La paridad cambió ante la pregunta de si "la mujer debe obedecer al marido": 17% estuvo de acuerdo y el 81% en disenso. Las opiniones vuelven a repartirse acerca de los roles de cada miembro de la pareja. Mientras el 45% prefiere la tradicional distribución ("mujer en el hogar y hombre en el trabajo"), el 64% la rechaza.

A pesar de estas diferencias, el 80% es favorable al divorcio, el 15% opina en contra y apenas el cuatro por ciento no sabe o no contesta. No es lo mismo en cuanto a la legalización del aborto: "en desacuerdo" el 35%, "muy en desacuerdo" 24%, o sea que el 59% rechaza la posibilidad, en tanto que a favor hay un 33% de opiniones (8% "muy de acuerdo" y 25% "de acuerdo"). Como la encuesta no indaga sobre las razones de una u otra opinión, es imposible saber si se trata de influencias religiosas, familiares o de cualquier otro tipo.